

Juan José Santos. 2008. *El Tata Dios. Milenarismo y xenofobia en las pampas.* Buenos Aires, Sudamericana. 222 p.

La madrugada del año nuevo de 1872 encontró a la ciudad de Tandil en circunstancias dramáticas. Un grupo de medio centenar de gauchos asesinó de manera brutal a 36 inmigrantes residentes en la ciudad. Los asesinos decían obedecer a un conocido curandero de la zona, apodado Tata Dios, portaban cintas blancas y punzó y vivaban a la Confederación Argentina y la religión, a las cuales pretendían defender de extranjeros y masones.

Juan José Santos utiliza este hecho como vía para analizar una serie de cuestiones vinculadas a la sociedad rural bonaerense en la segunda mitad del siglo XIX. El tema ya ha sido tratado con anterioridad por otros autores entre los que podemos mencionar a Hugo Nario, Juan Carlos Torre y John Linch¹. Allí, los crímenes de Tandil son presentados como una reacción de los pobladores de las zonas rurales ante las transformaciones sociales y productivas de la región. Como veremos, el libro de Santos da una interesante vuelta de tuerca a esta cuestión, lo que resulta en un análisis complejo y estimulante. La obra está dirigida a un público amplio, por lo que se encuentra despojada de los aspectos más áridos de la literatura académica, sin por ello resignar rigurosidad y solidez. El autor trabaja con gran cantidad de fuentes, algunas de ellas novedosas. Lamentablemente, y quizás por las características señaladas más arriba, no se encuentran detalladas en la bibliografía ni se señala los archivos en los que se encuentran depositadas.

En los primeros dos capítulos se analiza la recepción de la población inmigrante en Argentina. Santos sugiere que los primeros años de la década de 1870 están marcados por un balance de los resultados de la afluencia extranjera, que implicaron cierta desilusión con respecto a las expectativas iniciales, y el surgimiento de planteos críticos con respecto a la situación de

¹ Hugo Nario: *Tata Dios, el mesías de la última montonera*, Buenos Aires, Plus Ultra (1976), *Los crímenes de Tandil, 1872*, Buenos Aires, CEAL (1983); *Mesías y bandoleros pampeanos*, Buenos Aires, Galerna (1993); Juan Carlos Torre: "Los crímenes de Tandil" en *Todo es Historia* 4, 1967: 4-40; John Linch: *Masacre en las pampas. La matanza de inmigrantes en Tandil, 1872*. Buenos Aires, Emecé (2001).

precariedad de la población rural nativa con respecto al inmigrante. Estos últimos estaban exceptuados de las pesadas cargas militares, que constituían una constante sangría para los criollos. En el tercer capítulo el autor se centra en la recepción que la prensa hizo de los crímenes, lo que le permite adentrarse en los tópicos de discusión centrales en la época a la luz de los cuales la matanza fue leída. Entre ellos, podemos mencionar, además de la cuestión inmigratoria, el avance de una creciente secularización y los diversos problemas relacionados con las áreas rurales de la provincia. En especial, la administración de la justicia y el orden público, la situación de la frontera y las condiciones de vida de la población rural.

En los capítulos siguientes Santos analiza a los protagonistas. Los asesinos parecen haber sido vecinos respetados en la comunidad, sin antecedentes judiciales y, aunque en general relativamente pobres, carentes de apremios económicos notorios. La masacre fue llevada a cabo con un grado apreciable de organización y planificación, que incluyó claras distinciones de roles y el uso de símbolos identificatorios y una proclama escrita. Los objetivos de la violencia fueron cuidadosamente seleccionados y excluyeron explícitamente el enfrentamiento con criollos. Llama la atención la convicción que los asesinos tenían de contar con el apoyo tácito de la población rural. Esa convicción se expresó en la ausencia de presiones para con aquellos que fueron renuentes a sumarse, así como en la seguridad de que no serían objeto de delaciones. Existiera o no un apoyo tácito al accionar del grupo, todo indica que este se montaba en un conjunto de ideas generalizadas sobre la problemática rural y sobre sus causas.

El rol de Gerónimo Solané, Tata Dios, no es del todo claro. Si bien todos los implicados lo reconocen como el inspirador de los crímenes, ninguno escuchó de su boca la convocatoria al movimiento. Esta fue realizada por un gaucho llamado Jacinto Pérez, quien aseguraba hablar en nombre de Solané, pero que nunca pudo ser interrogado. Sin embargo, parece haber poseído algunas características asociadas a los líderes mesiánicos. Se le atribuían milagros y la capacidad de realizar presagios, entre otros poderes. Aún cuando no tuviese que ver directamente con los asesinatos, Solané parece haber concentrado en sí mismo las expectativas de la comunidad. En todo caso, además de atender sus males físicos y ofrecer un ámbito adecuado para su devoción religiosa, ante la escasez endémica de sacerdotes católicos en la campaña, un rol de Tata Dios destacado por Santos es el de su “hospital”. En las cercanías de la casa del curandero se reunían hasta 300 personas que combinaban durante su estadía rezos y cantos con noches de guitarreadas y juegos de azar. Dicho espacio de interacción pudo haber sido importante para el intercambio de ideas y experiencias sobre los dramas comunes compartidos y, eventualmente, para imaginar probables soluciones a sus pesares

e interpretar un conjunto de señales pasibles de ser identificadas con signos apocalípticos.

Los elementos que pueden haber confluido en una explicación apocalíptica de los males de la campaña, y en la identificación de los culpables con “gringos y masones” son analizados en el capítulo nueve. Para evitar la expansión de las epidemias de cólera y fiebre amarilla se implementaron un conjunto de medidas que generaron cierta incomodidad en la población y dotaron de mayor visibilidad a masones y médicos. Las estrategias utilizadas para detener la enfermedad pueden haber sido percibidas por los paisanos como inútiles e incluso diabólicas. Y, con una curiosa inversión, como responsables de la peste. En segundo lugar, existen en distintas fuentes referencias a una proliferación de procesiones y rezos colectivos en otras partes de la provincia, vinculadas con las sequías de 1869 y 1870. Existen, además, referencias que aluden a la creencia en mensajes celestiales, expresados por distintas personas en varios lugares. El malestar generalizado con respecto a los inmigrantes, por último, es ilustrado por el autor a partir del análisis de los conflictos derivados de la compra ilegal de cueros, por comerciantes extranjeros, en la vecina Azul.

En los capítulos diez y once, Santos se centra en la dimensión ritual del levantamiento y en los recursos simbólicos extraídos de la tradición política federal. En una ceremonia previa a los crímenes, los conjurados fueron proclamados como elegidos de entre “los argentinos” y “los de la religión” contra los “gringos y masones”. Al tiempo que eran reconocidos como especiales dentro de la colectividad a la que pertenecían, los participantes en la ceremonia eran radicalmente separados de los extranjeros. Los símbolos y discursos expresados ritualmente en la ceremonia tienen su origen, para el autor, en las prácticas de cooptación política del período rosista. De allí provendrían una serie de dicotomías que, amalgamando lo nacional con lo católico por un lado, y lo masón con lo extranjero por el otro y vinculando el primer par con el igualitarismo de la vida rural, instituye al segundo como agente del mal, vinculando la desigualdad, la amenaza extranjera y la masonería.

Como concluye el autor, el análisis de los crímenes de Tandil pone en cuestión algunas lecturas tradicionales que los perciben como reacción nativista y atávica ante el avance de la modernidad. Dichas perspectivas, presentes en las obras más representativas sobre el tema, se centran en la dificultad de los pobladores rurales para adaptarse al progreso. Sin embargo, como muestra Santos, las dificultades que estos encontraron para aprovechar las oportunidades abiertas, no pueden ser abstraídas de la desigualdad existente entre nativos y extranjeros. Al tiempo que el estado reconocía, a estos últimos, igualdad de derechos, privaba en la práctica a los nativos de su libertad, mediante la ominosa política de levas militares que marcó fuer-

temente a la campaña bonaerense durante este período. El acenso social, que las particulares condiciones de la época hacían posible para los extranjeros, estaba en la práctica vedado a buena parte de la población criolla, arrancada para servir en conflictos internos y externos. El movimiento milenarista y xenófobo, concluye Santos, sólo es “tradicional” en la medida en que extrae sus recursos simbólicos de las tradiciones culturales, políticas y religiosas que conforman la experiencia de los criollos. Pero las identificaciones y oposiciones construidas por los asesinos son incomprensibles sino es con arreglo a las políticas estatales de discriminación en torno a las cuales estos recursos simbólicos cobran sentido.

GUIDO CORDERO *

* Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, (FF. y L., UBA) Argentina.
E-mail: corderoguido@yahoo.com.ar